

# MISIONOLOGIA

# EL CANARIO FRAY ALONSO LEBRON Y EL MITO DEL PAYZUMÉ

P O R

LEANDRO TORMO SANZ

## INTRODUCCIÓN

En la nómina historiada de los conquistadores del Río de la Plata, que Lafuente Machain elaboró a base de la apasionada y controvertida documentación paraguaya de los primeros tiempos<sup>1</sup>, figura el franciscano Alonso Lebrón, natural de las Islas según Ortiz de Vergara<sup>2</sup>, de las Islas Canarias según Alvar Núñez Cabeza de

<sup>1</sup> Los bandos de «leales» y «tumultuarios o comuneros», partidarios de Cabeza de Vaca los primeros y de Irala los segundos, matizan con su visión partidista los acontecimientos del Paraguay donde desarrolló su actividad misionera fray Alonso Partidario de Irala escribió cartas él y su compañero Armenta, cartas que fueron interceptadas por Cabeza de Vaca; a tenor de lo que en ellas se decía debió redactar Alvar Núñez su *Relación General* defendiéndose de las acusaciones de los franciscanos y a su vez censurándoles para desautorizar su testimonio. El mismo carácter tiene tanto la *Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata*, de Pero Hernández, como los *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, e incluso los interrogatorios de las probanzas a su favor. Por el contrario, las cartas, relaciones y probanzas de Irala y los Oficiales Reales que depusieron a Cabeza de Vaca ponderan la gran tarea evangelizadora de los frailes. Frente a tan controvertidos documentos coetáneos los decantados por el tiempo o producidos lejos del lugar de la contienda nos proporcionan datos de la tarea cristianizadora llevada a cabo por ambos franciscanos lejos de la capital del Paraguay.

<sup>2</sup> *Relación del Tesorero Francisco Ortiz de Vergara al Presidente del Consejo de Indias, Don Juan de Ovando, sobre los acontecimientos del Río*

Vaca<sup>3</sup> y de la Gran Canaria según Pero Hernández<sup>4</sup>. Se trata de un conquistador espiritual del que sólo conocemos su actuación en tierras americanas, allí brilló tanto él y su compañero Armenta como para que los indios en vida los convirtiesen en un mito cuyas principales etapas voy a presentar en este trabajo

#### DATOS BIOGRÁFICOS

Por el momento desconocemos todo lo relativo a su familia, niñez y juventud. Tan sólo podemos suponer hipotéticamente que pudo ser hijo o pariente del licenciado Cristóbal del Lebrón que el 30 de octubre de 1511, en Tenerife, «fue recibido por teniente de gobernador de esta isla, por cédula de su Magestad»<sup>5</sup>, que «fue después oidor de la audiencia de Santo Domingo en la isla de la Española, donde murió con gran reputación»<sup>6</sup>.

A principios de 1538 se embarca en calidad de agregado junto con otros cuatro franciscanos más en la expedición de Veedor Alonso de Cabrera<sup>7</sup>. En noviembre llega al Río de la Plata y tras infructuosas tentativas de entrar en él la nao «Marañosa», en la que viaja, se ve obligada a refugiarse en el puerto de San Francisco, denominado también de Don Rodrigo y de los Patos, lugar de recala obligado que ya había sido visitado por las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián de Caboto y otras<sup>8</sup>. Desembarcado

*de la Plata, en los años 1540 a 1573*, en Roberto Levilher *Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España*, tomo I, Madrid, 1915, pág. 244

<sup>3</sup> *Relación general*, en *Relación de los Naufragios y Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Adelantado y Gobernador del Río de la Plata*, ilustrados con varios documentos inéditos, tomo II, Madrid, 1906, pág. 4

<sup>4</sup> *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca Scriptos por Pero Hernández, scrivano y secretario de la provincia*, cap. 3

<sup>5</sup> Juan Núñez de la Peña *Conquista y antigüedades de las Islas de la Gran Canaria*, Santa Cruz de Tenerife, 1847, pág. 343

<sup>6</sup> José de Viera y Clavijo: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, ed. de Elías Serra Ráfols, tomo II, Santa Cruz de Tenerife, 1951, página 238, nota 2

<sup>7</sup> Andrés Millé *Crónica de la Orden Franciscana en la conquista del Perú, Paraguay y el Tucumán y su convento del antiguo Buenos Aires*, Buenos Aires, 1961, pág. 92

<sup>8</sup> Millé *Crónica de la Orden Franciscana*, 95

allí con sus compañeros de hábito no pierde el tiempo y aprovechando el encuentro de tres españoles de la expedición de Caboto que se habían quedado en aquella costa, conocedores del idioma de los naturales, comienza el trabajo de evangelización <sup>9</sup>.

Enardecido su jefe, fray Bernardo de Armenta, por el inesperado éxito obtenido escribe al doctor Juan Bernal Díaz de Luco el primero de mayo de 1538, entre otras cosas, lo siguiente:

«Son tan grandes maravillas las que Nuestro Señor obra en ellos, que no las sabría decir, ni bastaría papel para las escribir. Por tanto, por aquel amor que Jesucristo tuvo al género humano en querernos redimir en el precioso árbol de la Cruz, pues todos sus trabajos fueron por salvar y redimir las ánimas, y aquí hay tan gran tesoro de ellas, que V. Mrd. tome esta empresa por suya y hable a S. M. y a esos señores del Consejo para que favorezca tan santa obra, y el favor ha de ser que nos envíen una docena de frailes de nuestra orden de S. Francisco, que sean escogidos, y los pida S. M. a la provincia del Andalucía y a la de los Angeles. Y encargue S. M. a los provinciales de estas dos provincias, que envíen frailes que sean como apóstoles. Y demás de esto, que S. M. envíe un factor suyo que traiga labradores, que no sean menester conquistadores» <sup>10</sup>.

Este entusiasmo hizo temer al jefe de la expedición que le abandonasen los frailes y llegó a prohibir su salida de la nao. No obstante Lebrón y Armenta lo hicieron amenazando a Cabrera con la excomunión por quebrantar la libertad eclesiástica, el derecho canónico y los privilegios franciscanos no teniendo sobre ellos mando ni jurisdicción porque ni el Rey les envió, ni fueron socorridos de su Hacienda <sup>11</sup>. Así pues sucedió que al reanudar su viaje la expedición ambos frailes se quedaron cuidando aquella nueva cristiandad.

En este trabajo se encontraba cuando el 29 de mayo de 1541 llegó a la isla de Santa Catalina una nueva expedición de socorro al Paraguay. Su jefe era el Adelantado del Río de la Plata Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Por boca de los naturales supo de la existencia de

<sup>9</sup> Con anterioridad habían quedado en aquella costa varios hombres de la expedición de Solís, cuyos hijos fueron bautizados por el clérigo de una nao de la expedición de Loaysa llamada San Gabriel (*Relación de Francisco Dávila*, en J. T. Medina: *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile*, III, Santiago de Chile, 1889, pág. 53).

<sup>10</sup> Gerónimo de Mendieta. *Historia Eclesiástica Indiana*, lib. 4<sup>o</sup>, capítulo XLV.

<sup>11</sup> Millé. *Crónica de la Orden Franciscana*, 97-98.

Lebrón y Armenta a unas catorce leguas de la isla, en el paraje que los naturales denominan Mbiaza y les llamó para que le informasen acerca de la situación de los españoles en el Río de la Plata y del mejor modo que debía hacer para socorrerles. Su consejo fue que en ninguna manera se metiese con los navíos en el estuario del Plata porque Buenos Aires estaba abandonado y su población trasladada a la Asunción, lo cual le determinó a dirigirse por tierra a ella <sup>12</sup>.

<sup>12</sup> En la *Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata* que acabó de escribir Pero Hernández a principios del año 1545 se lee «Al tiempo que el gobernador llegó a la costa del Brasil halló allí dos frailes franciscanos que se dicen fray Bernardo de Armenta e fray Alonso [Lebrón], los cuales truxo en su compañía a esta provincia» (*Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 327) Al finalizar ese mismo año Cabeza de Vaca dejó escrita esta otra versión: «Luego como llegué.. dende a pocos días los dichos frailes vinieron donde yo estaba, muy atemorizados y escandalizados de los indios que los querían matar porque ellos mismos dijeron al dicho tiempo que les habían quemado a los dichos indios sus casas, y que por esto se habían levantado y habían muerto dos cristianos, uno de los cuales se llamaba Simón Perera» (*Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 4). Diez años después cuando aparecieron impresos los *Comentarios*, que entre estos dos autores habían elaborado, aparece este último texto al que tan sólo se le ha suprimido lo del alzamiento de los indios y el nombre del muerto (capítulo 3). Ese conquistador no aparece en la citada nómina de Lafuente Machain, pero sí uno de nombre muy parecido. Simón Pereyra, de que se dice: «Expedicionario con Cabeza de Vaca Murió durante la travesía desde Santa Catalina a Asunción, 1542» (*Los Conquistadores del Río de la Plata*, 2ª ed, Buenos Aires, 1943, pág 500). Con anterioridad a esos escritos, hacia 1542, Pedro Dorantes en carta al Rey le dijo: «Volví donde el gobernador estaba [Santa Catalina] quería dejar allí poblado y el comisario se quería quedar allí dije que haría mucho al caso para nuestro buen viaje que el comisario fuese con el gobernador porque los indios del Campo le deseaban y yo les había dicho que luego había de ir, y sobre ello encargue la conciencia del comisario [Armenta] el cual viendo que convenía luego mudó el propósito» (Levillier: *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 60) Por último tenemos el siguiente testimonio de los propios franciscanos «Ansí estuvimos en la dicha costa hasta tanto que el Gobernador Cabeza de Vaca vino a ella en nuestra demanda para se informar de los cristianos del Río de la Plata, y para que le diese mi parecer para mejor facer el socorro que venía a hacer, y visto era servicio de Dios y de vuestra magestad dije al dicho Gobernador lo que sabía de los cristianos y tierra, y el consejo que le di fue que en ninguna manera se metiese por el Río los navíos y gente, por que tenía por cierto que en él no había ningún cristiano, como lo fue de hecho, y que todos se habían subido

El 24 de junio de 1541 salió de Santa Catalina para descubrir el camino el Factor Pedro Dorantes con catorce españoles acompañados por los indios que habían cristianizado los frailes. Volvió al cabo de tres meses y medio tras haber llegado a la región del Campo donde tuvo noticia del camino seguido por Alejo García, que era el más apropiado para la expedición, el cual comenzaba en la desembocadura del río Itabucú. Fue a buscarlo Gonzalo de Acosta y descubierta Lebrón y Armenta salieron con los expedicionarios el 18 de octubre de aquel año. Durante el viaje tuvieron sus desavenencias con el Gobernador y llegaron a la Asunción después que él por distinto camino <sup>13</sup>.

En Asunción intentaron hacer una casa de doctrina que no pudieron acabar. Se trasladaron a dos leguas de ella y allí la levantaron cultivando un campo a su alrededor. Tenían junto a sí muchos indios y entre ellos los que les habían acompañado durante el viaje. El ambiente de la capital paraguaya no debió gustarles por considerarlo perjudicial sobre todo para las indias, pues algunas se aficionaron a los españoles y Lebrón con una artesana en la mano cortó tales relaciones, lo que le valió que uno de esos galanes a quien la excomunión no había sido suficiente para alejarlo de la querencia, lo procesara después <sup>14</sup>.

El tal proceso tuvo como raíz el intento de retornar ambos franciscanos a la costa de donde habían venido de acuerdo con los Oficiales Reales y el bando adverso a Cabeza de Vaca en el que se

---

a este pueblo del Paraguay» (carta del P. Armenta al Rey, 10 de octubre de 1544, en Atanasio López *Fr. Bernardo Armenta en el Río de la Plata (siglo XVI)*, «Archivo Ibero-Americano», XXXIII, Madrid, 1930, pág. 434)

<sup>13</sup> *Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 7-8 y 22.

<sup>14</sup> «Solamente traen, según los dichos oficiales me dijeron antes que partiésemos de la provincia, los procesos que contra ellos hizo Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca sobre la ida de los frailes a la costa del Brasil» (*Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 83-84) El 29 de julio de 1546 Estopiñán declaró que «sabe y es público y notorio que el dicho fray Alonso de Lebrón, a quien venía a hablar a las dichas indias salía con una artesana a reñir con quien les hablaba» (*Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 148) Y el Tesorero Francisco Ortiz de Vergara dijo de él: «porque un soldado que se llamaba Estopiñán, natural de Jerez, escondió una moza dellas lo descomulgaron y procedieron contra él y la cobraron y llevaron consigo» (Levilher *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 245)

vieron metidos <sup>15</sup>, para de este modo informar al Rey en contra del Gobernador. Pero esto último no fue más que un aditamento, no la razón principal, porque una vez depuesto Cabeza de Vaca volvieron a Mbiaza <sup>16</sup>.

El padre Lebrón se encontraba por el año 1548 en aquella costa

---

<sup>15</sup> Los *Comentarios* dicen al respecto que «los oficiales de Su Magestad indujeron y levantaron al comisario fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, de la Orden de San Francisco, que se fuesen por el camino que el gobernador descubrió dende la costa del Brasil, por entre los lugares de los indios, y que se volviesen a la costa y llevasen ciertas cartas para Su Magestad dándole a entender por ellas que el gobernador usaba mal de la gobernación. Y el secreto desto es que se querían ir los frailes. Y como esto supieron los indios principales de la tierra, parecieron ante el gobernador y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habían dado a los frailes para que se las industriasen en la doctrina cristiana, y que entonces habían oído decir que los frailes se querían ir a la costa del Brasil y que les llevaban por fuerza a sus hijas. Cuando el gobernador vino a saber esto ya los frailes eran idos, y envió tras ellos y los alcanzaron dos leguas de allí y los hizo volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco; y así mismo envió tras de otros cristianos que los frailes habían levantado, y los alcanzaron y trajeron. Y habida información contra los frailes y oficiales mandó prender a los oficiales y mandó proceder contra ellos por el delito que contra Su Magestad habían cometido» (cap. 43). Este intento de trasladar las indas que educaban en la Asunción a la costa de Mbiaza fue motivo de graves acusaciones y obedeció al deseo de evitar que sus educandas pasasen a formar parte del harem de algunos españoles, hecho que no repugnaba demasiado a determinadas indias ni a sus familiares. En principio es posible que Alvar Núñez estuviese de acuerdo con este regreso de los franciscanos a su misión de Mbiaza, porque en el año 1552 el capitán Juan de Salazar dice que encontró allí a «otro cristiano, Alonso Bellido, vecino de Porcuna, persona honrada que vino con Cabeza de Vaca y con su licencia vino con fray **Bernardo de Armenta**» (Francisco del Paso y Troncoso: *Epistolario de la Nueva España*, tomo VI, págs. 114-115).

<sup>16</sup> «Paresciendo a los frailes fray Bernardo de Armenta que era buena coyuntura y sazón para acabar de efectuar su propósito en quererse ir (como otra vez lo habían intentado), hablaron sobre ello a los oficiales y a Domingo de Irala para que les diese favor y ayuda para ir a la costa del Brasil, los cuales por les dar contentamiento, y por ser como eran contrarios del gobernador por haberles impedido el camino que entonces querían hacer, ellos les dieron licencia y ayudaron en lo que pudieron, y que se fuesen a la costa del Brasil, y para ello llevaron consigo seis españoles y algunas indias de las que enseñaban doctrina» (*Comentarios*, cap. 79)

con Ruiz Vellido<sup>17</sup>, Alonso Benítez, Román Pérez, Antón Alvarez, Pedro Beloque, Diego Durango y 50 ó 60 indios amigos, cuando llegaron dos buques portugueses de San Vicente, cuyos maestros les invitaron a subir para visitar las naos, y una vez a bordo, fueron apresados. Luego los portugueses bajaron a tierra en busca de los que habían quedado allí y de los indios cristianos, llevándose a todos. Blas de Cubas, gobernador de San Vicente, les soltó. Lebrón depositó a los indios en poder de ciertos vecinos y siguió para Europa con el propósito de presentar queja. Pero como a los dos años aún no había llegado, se supuso que hubiera sido apresado por corsarios<sup>18</sup>.

#### INCIDENTES DURANTE LA EXPEDICIÓN

El viaje de Alvar Núñez desde la isla de Santa Catalina hasta la Asunción a través de un país que le era enteramente desconocido, en el que empleó ciento treinta días, es según Millé, «una gesta tan extraordinaria que causa asombro el comprobar los pocos comentarios laudatorios que sobre él nos hacen los historiadores que de estas cosas se han ocupado..., triunfó totalmente en esta memorable travesía por las mismas razones que en sentido contrario causaron el fracaso de la expedición de Mendoza, a quien faltó previsión y benevolencia con los indígenas»<sup>19</sup>. Sin embargo, esa gloria, que es cierta, debe compartirse con ciertos indios y españoles. Entre los

<sup>17</sup> Alonso Ruiz Vellido era «Expedicionario con Cabeza de Vaca. Alférez. Hijo de Bartolomé Ruiz Vellido, vecino de Porcuna. Hermano de Pedro de Morales. Nacido por 1508. Gozaba del concepto de "persona honrada". Quedó en Asunción el 43, cuando el Gobernador salió para el Norte. Fue con el padre Armenta a Santa Catalina, y a su muerte, éste le recomendó a los indios. Estaba con el padre Lebrón, en un asiento de la provincia de San Luis, Brasil, cuando por engaño fueron apresados por los portugueses y llevados a San Vicente, en 1548. Hernando de Salazar y doña Mencía Calderón le encontraron y les sirvió de "lengua". Salió con 50 hombres con el Hernando de Salazar, en busca del camino para Asunción, 1552, y pedir socorro para doña Mencía. Se dirigió por el Itabucú y murieron 20 expedicionarios en la jornada» (Lafuente Machain: *Los Conquistadores del Río de la Plata*, 2.<sup>a</sup> ed., págs 583-584).

<sup>18</sup> Lafuente Machain: *El Gobernador Domingo Martínez de Irala*, Buenos Aires, 1939, págs. 238-239.

<sup>19</sup> Millé: *Crónica de la Orden Franciscana*, 108



primeros tenemos un nombre conocido, el de Miguel, y entre los segundos los de Armenta y Lebrón.

Los croquis al uso representando el camino seguido por esta expedición trazan sobre el mapa una línea recta desde Santa Catalina hasta el Iguazú, como pudo ser el camino seguido y deshechado por Dorantes; luego sigue el curso de este río hasta su desembocadura en el Paraná y de allí en línea recta hasta la Asunción. De esta ruta se podría decir que no la había hollado hombre blanco alguno, pero tal afirmación no se puede sostener rotundamente de la que realmente siguió.

a) *Ruta seguida*

Precisar la ruta seguida y los incidentes de la expedición relacionados con Lebrón es tarea necesaria para establecer con éxito la vinculación de este fraile y su compañero con el mito del Payzumé, pues adelantando ideas diré que la ruta seguida fue la que califica Enrique de Gandía el «célebre camino que, según la imaginación de los jesuitas, había sido recorrido por Santo Tomás desde la costa del Brasil hasta la provincia de Tayaoba, en el Guairá»<sup>20</sup>, y que «sólo fue conocido a los jesuitas que nunca lo recorrieron, permaneciendo ignorado a todos los expedicionarios que siguieron aquella ruta»<sup>21</sup>.

El Factor del Río de la Plata, Dorantes, en carta al Rey dejó escrito sobre este punto lo siguiente:

«Saltamos en esta isla y allí estaba un cristiano que se llamaba Durango<sup>22</sup> que quedó del navío de Don Rodrigo y él y fray Bernardo

<sup>20</sup> Enrique de Gandía: *Historia crítica de los mitos de la Conquista Americana*, Buenos Aires-Madrid, 1929, pág. 230, nota 9

<sup>21</sup> Gandía: *Historia crítica de los mitos*, 233. Es curioso el modo que tiene este autor de argumentar en el capítulo X de este libro, pues comienza diciéndonos: «La leyenda de los Apóstoles en América tiene un origen más antiguo que el que se supuso originado por las invenciones de los jesuitas» (página 227), y en la página siguiente afirma: «La leyenda de Santo Tomás fue creada por los jesuitas»

<sup>22</sup> Diego Durango «estaba en Santa Catalina en 1541, quedado del navío de don Rodrigo de Acuña, llevado allí por el padre Armenta. Fue apresado con engaño por unos portugueses, junto con el padre Lebrón y otros cristianos, y llevado a San Vicente, más o menos en 1548» (Lafuente Machain: *Los Conquistadores del Río de la Plata*, 2ª ed, pág. 196).

de Armenta, Comisario de la Orden del Señor San Francisco, que allí vino de el Viaçon, donde residía, dieron relación como por XXV leguas más a la Cananea, había entrado días había un cristiano que se llamaba García...

»Mirando esto y que los indios decían que en cinco días se iría por tierra al Campo, a do había mucho bastimento e tierra muy poblada, e no sabiendo si era bueno o malo el camino por donde García entró dije al Gobernador que yo quería tomar la mano a ir a descubrir aquel camino. .

»Escribí al Gobernador con un indio que era imposible ir por allí por el camino largo y malo como por ser despoblado, que enviase a saber el camino de García...

»De que volví.. el Gobernador quería entrar por allí por donde se había ido García, como yo le había escrito. y envió a Gonzalo de Acosta en un batel, el cual fue y supo el río y puerto ..

»CCXL hombres y XXIII yeguas y caballos se embarcó en la nao que quedó y los llevó al río Ytabuan por donde García había entrado por el cual subió el Gobernador en canoas diez días»<sup>23</sup>.

Según esta carta, escrita alrededor del año 1542, el camino seguido por Cabeza de Vaca fue «por donde García había entrado». Los documentos de fechas posteriores al año siguiente en que se agravó el conflicto entre Cabeza de Vaca y los Oficiales Reales ya no citan a García. Así en distintas «probanzas» Alvar Núñez puso la siguiente pregunta:

«Iten, si saben, etcétera, que visto y entendido por el dicho gobernador procuró con mucho trabajo de descubrir e calar por otra parte la tierra para llegar donde estaban poblados los españoles»<sup>24</sup>

De modo parecido Dorantes escamoteó el nombre de García en sus «informaciones de méritos» haciendo preguntar a los testigos lo siguiente:

«Iten, si saben, etcétera, que visto que el dicho camino era malo para poder ir el dicho Cabeza de Vaca y su gente, por la información de los indios que hallé, fice que fuese por el río Itabucú por el cual se llevó buen camino a salir a la dicha población»<sup>25</sup>.

A tenor de estos interrogatorios contestan los testigos presentados sin mencionar a García, pero este olvido interesado no anula la primera noticia, y van a ser otra vez los indios los guías de esta

<sup>23</sup> Levillier. *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 58-61.

<sup>24</sup> *Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 113-114.

<sup>25</sup> Levillier. *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 163.

expedición como lo habían sido del fabuloso Alejo conduciéndola por un mismo camino que aun sin estar fijado por piedras, ni delimitado por distinta hierba como ingenuamente quiso ver o se lo dijeron los indios a los jesuitas Cataldino y Ruiz de Montoya<sup>26</sup>, era transitado por los pocos indígenas que desde Asunción iban a Santa Catalina o viceversa. De haber sido solamente imaginación de jesuitas y no poética explicación de indios a lo que para ellos era una ruta extraordinaria, puesto que sus caminos ordinarios eran y son los ríos y no los montes, no se hubiesen encontrado con el indio Miguel<sup>27</sup>.

Por donde iba este camino nos lo dice Cabeza de Vaca, aunque con grandes lagunas. Comenzaba en la desembocadura del Itabucú cuyas aguas remontaron en canoa durante diez días, abandonadas éstas estuvieron tres días subiendo la Sierra del Mar y cuatro ba-

<sup>26</sup> «Pero 200 leguas de esta costa la tierra adentro vimos mis compañeros y yo un camino que tiene ocho palmos de ancho, y en este espacio nace una muy menuda yerba, y a los dos lados de este camino crece hasta casi media vara, y aunque agostada la paja se quemén aquellos campos, siempre nace la yerba a este modo. Corre este camino por toda aquella tierra, y me han certificado algunos portugueses, que corre muy seguido desde el Brasil, y que comúnmente le llaman el camino de Santo Tomé, y nosotros hemos tenido la misma relación de los indios de nuestra espiritual conquista» (Antonio Ruiz de Montoya: *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús*, Bilbao, 1892, págs. 97-98) Rebatiendo este texto Enrique de Gandía afirma que «ni Alvar Núñez, ni Ruy Díaz Melgarejo, al ir desde Brasil a Paraguay, siguiendo la antigua ruta de Alejo García, tuvieron la más mínima noticia de que en aquellos lugares existiese un camino como el descrito por los jesuitas, y menos aún que por aquellas partes hubiese andado Santo Tomás» (*Historia crítica de los mitos*, página 233, nota 12). Lo que no ha reparado Gandía es que Alejo García o cualquiera de sus acompañantes cristianos, fuesen los que divulgasen entre los indios de las regiones que recorrieron la posible llegada de Santo Tomás a sus tierras y que después los indios convirtiesen en ese Payzumé o Tomé, como quería oír Montoya, a los frailes Armenta y Lebrón, que les predicaron la misma doctrina que les había dicho predicó a sus abuelos Santo Tomás.

<sup>27</sup> «Este mismo día, estando cerca de otro lugar de indios que su principal señor se dijo llamar Tapapiraçú, llegó un indio natural de la costa del Brasil, que se llamaba Miguel, nuevamente convertido, el cual venía de la ciudad de la Ascensión, donde residían los españoles que iban a socorrer, el cual se venía a la costa del Brasil porque había mucho tiempo que estaba con los Españoles» (*Comentarios*, cap 7)

jándola <sup>28</sup>, dos días después llegan al primer pueblo de la región del Campo, cuyo cacique principal se llamaba Tocanguazú y que podríamos situar en los alrededores de la actual ciudad de Campo Alegre. Súbditos de él eran los caciques Añiriri, en cuyo pueblo entraron el 21 de noviembre de 1541, y Cipoyay, que encontraron al día siguiente. De las tierras de Tocanguazú salieron el día 29 y el primero de diciembre cruzan el Iguazú para alcanzar el río Tibají dos días después. Los indios les traen bastimentos desde dos leguas. Les recibe el cacique Tapapirazú y encuentran al indio Miguel que venía desde la Asunción para «guiar la gente y avisar del camino por donde habían de ir» <sup>29</sup>.

El hecho de este encuentro no casual es la clara confirmación que Cabeza de Vaca había encontrado y que caminaba por la ruta que ya siguió Alejo García y que probablemente era la vía extraordinaria que siguieron las migraciones de los guaraníes <sup>30</sup>. Entre el día 3 y el 7 llegan al pueblo de Pupebaje; el 7 al río Tacuarí, en cuya ribera hallan el pueblo de Abangobi. Tras pasar varios pueblos el día 14 de diciembre llegan caminando en dirección Oeste-Noroeste cuarta Noroeste al pueblo de Tocangucir que los pilotos estiman hallarse en 24 grados y medio <sup>31</sup>. Tras cinco días de abrirse camino por despoblado llegan probablemente al pueblo de Tugui el día 19 y permanecen en él hasta pasar la Navidad. Salen de allí el día 28 y al siguiente llegan a un río muy ancho y caudaloso cuyo nombre no nos dice Cabeza de Vaca pero que podría ser el Ubay <sup>32</sup>. Pasan por cinco lugares poblados que abandonan el día primero de 1542 para internarse por montes y cañaverales espesos hasta llegar el día 5 a un poblado cuyo cacique no se especifica. El día 6 duermen

<sup>28</sup> *Comentarios*, cap 6; Levilher: *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 61.

<sup>29</sup> *Comentarios*, caps 6 y 7.

<sup>30</sup> Enrique de Gandía *Historia del Gran Chaco*, Buenos Aires-Madrid, 1929, págs. 29-32.

<sup>31</sup> *Comentarios*, cap. 7.

<sup>32</sup> El Ubay lo cita Dorantes aunque por el contexto parece referirse al Iguazú, pues dice así: «Habrà del río Ytanbuan hasta el Campo XL Leguas todo monte, tierra de muchas aves y puercos, lo cual fue abriendo camino Gonzalo de Acosta. Desde la salida del Campo al río Ubay habrá LV leguas, raso y montes; por este río fumos en canoa obra de XL leguas a dar al Paraná», Levilher *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 61)

a las orillas de un río caudaloso; el 7 comienzan a caminar por tierra amena; hasta el día 10 pasan por muchos pueblos cuyos indios les salen a recibir con bastimentos<sup>33</sup>. Caminando en dirección Oeste el día 14 llegan a Iguatú, que también llaman Piquerí, desde donde escribe Cabeza de Vaca a los Oficiales Reales de Asunción para que le envíen embarcaciones al Paraná para recogerlos. Aquí un perro muerde a Francisco Orejón y quedan 14 enfermos<sup>34</sup>.

La ruta que hasta este lugar han seguido coincide con la que los indios dijeron en 1612 al P. Cataldino que siguió el Apóstol Santo Tomás, pues «vino a sus tierras de hacia el Mar del Brasil, y atravesando el Río de la Tibaxiva (asiento antiguo de sus antepasados, y de ellos) que entonces estaba cuajado de indios, fue por esos indios del Campo al río Uybay, y de ahí atravesó hasta el río Piquirí, de donde no saben adonde fue»<sup>35</sup>.

<sup>33</sup> El tema de los suministros indígenas de alimentos es conflictivo. Cabeza de Vaca va repitiendo que se los ofrecieron pagándoles el precio que valían (*Comentarios*, caps 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13)

<sup>34</sup> *Comentarios*, cap 10.

<sup>35</sup> A continuación el P. Cataldino nos da la primera noticia recogida por los jesuitas acerca del camino de Santo Tomás. Lo hace con estas palabras. «Al principio de este Río dicen los Indios, que están las pisadas del Glorioso Santo impresas en una peña, y que el camino por donde atravesó estos campos, está todavía abierto, sin haberse cerrado jamás, ni haber crecido la yerba de él, con estar en medio del campo, y ser camino nunca cursado, ni hollado de los indios» (Pedro Lozano *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, Madrid, 1755, lib VI, cap. XVI, tomo II, págs 387-388). Ruiz de Montoya añadió que él lo había visto (cfs nota 26) No obstante de todo el contexto de la relación de Cataldino se desprende que los indios le informaron a tenor de sus propios deseos con el fin de agradarle fundiendo en una tres fuentes de información: la de los primeros cristianos, la de los primeros frailes y la de los propios jesuitas a quienes informaban. Sólo así se explica que «Santo Tomás» les dijese: «Que habían de entrar sacerdotes en sus tierras, y que algunos entrarían sólo de paso, para volverse luego pero que otros sacerdotes, que entrarían con cruces en las manos, esos serían sus verdaderos Padres, y estarían siempre con ellos, y les enseñarían cómo se habían de salvar, y servir a Dios, y que estos Padres los bajarían al Río del Paranapané, donde harían dos poblaciones grandes, una la boca del Pirapó, y otra en Itamaracá», justamente en el lugar que en aquel tiempo los jesuitas habían levantado las reducciones de Loreto y San Ignacio

b) *Escisión de los expedicionarios*

En el Pequirí se dio una grave escisión entre los expedicionarios. Lebrón y Armenta con un grupo numeroso de indios toman distinto camino del que sigue el resto. De los primeros sólo sabemos que se escinden y que llegan a 30 leguas al Norte de Asunción después que había llegado a esta capital Cabeza de Vaca.

Respecto a los segundos los *Comentarios* nos dicen que salieron del Pequirí el día 14 de enero caminando por entre pueblos guaraníes hasta el día 23 en que se adentraron por tierra despoblada llegando el 31 de enero al Iguazú que «es el primer río que pasaron al principio de la jornada cuando salieron de la costa del Brasil». No se nos dice en qué rumbo caminaron pero necesariamente hubo de ser O.-SO., porque «tomose el altura en veinticinco grados y medio»<sup>36</sup>; es decir habían bajado un grado desde el último cálculo de la latitud. Siguieron el curso del Iguazú hasta su desembocadura en el Paraná pasando por su célebre salto. Cruzado el Paraná, Cabeza de Vaca envió en balsas por él a los enfermos hasta su confluencia con el Paraguay, cuyas aguas ascendieron en bergantines hasta la Asunción; mientras el resto de la expedición a su mando seguía por tierra, en cuyo camino encontraron un español enviado para guiarles desde la capital del Paraguay a donde llegan el 11 de marzo de 1542<sup>37</sup>.

En cuanto a la escisión del primer grupo los *Comentarios* nos dicen, después del día 6 de enero de 1542, que «los frailes se fueron y apartaron de la gente y contra la voluntad del gobernador echaron por otro camino, y después desto los hizo recoger y traer de ciertos lugares de indios donde se habían recogido, y es cierto que si no los mandara recoger y traer se vieran en muy grande trabajo»<sup>38</sup>. Las palabras citadas literalmente dan la impresión de tratarse de una separación momentánea, sin embargo, creo que no lo fue así. Estos *Comentarios* ya no vuelven a referirse a los franciscanos en el resto del viaje y la *Relación General* que escribió Cabeza de Vaca diez años antes que se imprimiesen sus *Comentarios* nos presenta lo acontecido con estas palabras:

<sup>36</sup> *Comentarios*, cap. 11.

<sup>37</sup> *Comentarios*, cap 12

<sup>38</sup> Cap. 9.

«Los frailes fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebrón después que se fueron y apartaron de mi compañía aportaron a unos lugares de indios, treinta leguas arriba de la ciudad de la Asunción; yo envié por ellos, en ciertas canoas, a un capitán con veinte cristianos, y venidos les dí donde hiciesen casa e iglesia, e muchos bastimentos para que comenzasen a doctrinar los naturales como lo hacían los otros religiosos y clérigos que en la dicha tierra hallé»<sup>39</sup>.

Estas palabras nos demuestran que la separación no fue momentánea sino definitiva. En cuanto al lugar donde ocurrió **considera** Lafuente Machain que Lebrón y Armenta «después de cruzar el Paraná, se separaron del grueso de la expedición llevándose sus indios y con ellos anduvieron recorriendo los montes»<sup>40</sup>. No obstante sostengo que la escisión debió ocurrir en el Pequirí, porque al tiempo de llegar a él es cuando tanto los *Comentarios* como la *Relación General* nos cuentan las divergencias surgidas. Debieron tomar el rumbo O.-NO., que les marcaban las aguas del Pequirí hasta su confluencia con el Paraná; de allí a los yerbales de Mbaracayú para alcanzar el curso alto del Ipané y siguiéndolo hasta su desembocadura en el Paraguay quedar a las treinta leguas arriba de la Asunción ya citadas. Esta ruta transitada por los indios debió ser la seguida por Alejo García tal como le informaron los naturales de la región a Cabeza de Vaca<sup>41</sup>.

### c) *Causas de la escisión*

Ese primer enfrentamiento entre los franciscanos y Cabeza de Vaca es fundamental para poder valorar las fuertes acusaciones que mutuamente se lanzaron. Nos ayudará a esclarecerlas y ponderarlas tener presente las causas que ambos grupos alegaron. En primer término tenemos las siguientes palabras escritas por Pero Hernández en enero de 1545:

«Al tiempo que el gobernador llegó a la costa del Brasil halló allí dos frailes franciscanos que se dicen fray Bernardo de Armenta e fray Alonso, los cuales trujo en su compañía a esta provincia, e parece que en el camino se le desmandaron y desordenaron con los indios, y el gobernador les fue a la mano, de cuya cabsa los dichos frailes vinieron mal con el gobernador y decían que les había hecho

<sup>39</sup> *Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 22.

<sup>40</sup> Lafuente Machain: *Irala*, 95

<sup>41</sup> *Comentarios*, cap 50

agravios en el camino; estos frailes son hombres de mal vivir, porque tienen más de treinta mancebas»<sup>42</sup>.

Para este secretario de Alvar Núñez la causa fue la desobediencia de los frailes, es decir no aceptar los mandatos y órdenes del jefe de la expedición, la cual tiene toda la posibilidad de ser cierta, sobre todo si tenemos en cuenta que con anterioridad tampoco atacaron la autoridad del Veedor Cabrera, pero es más, esos mandatos los consideraron como agravios. Al considerarlos así tal vez no les faltase razón y de ahí que para desautorizarla, Hernández hubo de añadir la coletilla, probablemente calumniosa<sup>43</sup>, de ser «hombres de mal vivir» y tener «más de treinta mancebas». Hernández no especifica las órdenes que desacataron, pero Cabeza de Vaca si lo hizo al dejar escrito lo siguiente:

«Otro si, los frailes fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso cuando caminaban por la dicha tierra se adelantaban y llegaban primero que yo a los lugares de los indios y tomaban todos los bastimentos, de manera que la gente padecía necesidad, porque los dichos frailes traían consigo cien indios e indias que habían recibido por el camino y la gente se quiso levantar contra ellos y derramarles los indios, e yo no se lo consentí por lo que tocaba al servicio de Dios y de su Magestad y mandé a los dichos frailes que no pasasen adelante o despidiesen la gente, que traían demasiada, porque más valía dar el pan a los cristianos que a los perros, de cuya causa se fueron por otro camino»<sup>44</sup>.

La orden que desacataron fue la de no pasar adelante o despedir los indios que doctrinaban por el camino, indios que en concepto de Lebrón y Armenta tenían las mismas necesidades vitales y los mismos derechos que los españoles, a quienes no se les podía considerar sin agravio como «perro», insulto que estaba prohibido aplicar

<sup>42</sup> *Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata por Pero Hernández*, en *Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 327.

<sup>43</sup> Sobre la probidad de Pero Hernández escribe Lafuente Machain: «Durante esas actuaciones no mejoró el concepto de honorabilidad que merecía a sus compañeros, pues se le sindicó de asentar las declaraciones de acuerdo con las conveniencias del gobernante y las hacía firmar sin dejarlas leer al declarante» (*Los Conquistadores del Río de la Plata*, 2.ª ed., página 309).

<sup>44</sup> «Relación General», en *Relación de los Naufragios y Comentarios*, II, 13.



los españoles a los indios desde 1512 por las Leyes de Burgos <sup>45</sup>. Así mismo era agravio despedir a quienes les acompañaban por escuchar la palabra de Dios, de modo parecido al que con Cabeza de Vaca emplearon los indios en su famosa peregrinación de Tejas a Sonora. En cuanto al adelantarse para tomar todos los bastimentos he aquí la versión de Armenta:

«Así determinados por la necesidad que de nosotros había, entramos por la tierra adentro, donde fuimos tan bien recibidos de los indios, que nos salieron a recibir muchas jornadas antes de sus pueblos con muchos mantenimientos, abriéndonos los caminos y ofreciéndonos sus casas, los cuales mantenimientos nos ponían delante, y por ningún interés que por ellos les daban los cristianos, no los querían dar excepto traellos delante de mí para que dellos dispusiese a mi voluntad, los cuales mantenimientos se repartían con los enfermos y más necesitados que iban la jornada todo el tiempo que con ellos venimos, lo cual después de Dios fue muy gran parte para venir todos muy buenos y muchos dellos restaurados de las vidas, tanto que no faltó ningún cristiano hasta llegar a este Paraguay, y la tierra quedó tan de paz y asegurados los indios, que un solo cristiano que quedó más de doscientas leguas deste pueblo, vino con decir ser nuestro hijo» <sup>46</sup>

El Factor Pedro Dorantes nos confirma y amplía lo que se acaba de copiar al dar al Rey la relación de lo ocurrido en la expedición con estas palabras:

«Porque aunque el gobernador daba a los indios de lo que traía, en parte hubo que no bastó, sino que se quería ir a ellos con mano armada a traer bastimentos, y se lo contradije y hablé sobre ello al Comisario el cual habló al gobernador, y fue a los indios e hizo traer recaudo, y de continuo los indios le tenían mucho respeto, y este indio Miguel como conocía a los indios hacía que se sosegasen en sus casas, y si algunos las desamparaban les hacía volver para que nos sirviesen, que alguna vez convino al Padre Comisario quedarse atrás con los enfermos dándoles de comer de lo que a él le traían de li-

<sup>45</sup> «Ley veinte y cuatro. Otrosí, ordenamos que persona ni personas algunas no sean osadas de dar palo, ni azote, ni llamar perro, ni otro nombre a ningún indio sino el suyo propio que tuviere» (Richard Konezke *Colección de documentos para la Historia de la formación social de Hispanoamérica*, I, Madrid, 1953, pág. 52).

<sup>46</sup> «Carta de Fr. Bernardo de Armenta a S. M., Paraguay, 10 octubre 1544», en Atanasio López: *Fr. Bernardo de Armenta en el Río de la Plata (siglo XVI)*, «A. I. A.», XXXIII, 435

mosna, que se lo daban mejor que no venderlo a nosotros en lo cual fue gran reparo para algunos cristianos»<sup>47</sup>.

La documentación coetánea presenta a nuestra consideración dos versiones respecto a modo de abastecerse la expedición. Cabeza de Vaca y los suyos sostuvieron haber obtenido los alimentos necesarios de los indios mediante el pago justo, el buen trato y la benevolencia. Los frailes y sus partidarios afirmaron que los indios alimentaron graciosamente a los expedicionarios más por motivos religiosos que económicos. He aquí el dilema, ¿a quién creemos?, ¿a quién damos la razón?

#### EL MITO DEL PAYZUMÉ

Es evidente que toda acción humana tiene varias causas y que los dos estímulos pudieron actuar, pero al dictaminar si lo daban mejor que lo vendían, nosotros los europeos, inmersos en una cultura materialista y mercantilista, damos primacía a la venta que a la donación. Ahora bien, entre los indios, sin embargo, creo que en este hecho y en otros muchos predominó la graciosa donación al interés lucrativo, y la razón fundamental es para mí el profundo sentir religioso de los indios que les hizo ver en los frailes a unos enviados de Dios y para ello mezclaron su actuación misionera con un mito mestizo: el del Payzumé.

##### a) *Primera fase*

Cuando los españoles y portugueses se trasladaron al Nuevo Mundo trajeron consigo sus leyendas piadosas y éstas se insertaron en el tronco legendario indígena. Cualquier hecho insólito de la naturaleza desarrolló en ellos, al igual que en los indios y en cualquier hombre su sentido de lo religioso, sobre todo si se encontraban solos o en situación apurada, y ese borbotear su religiosidad se manifestó con los elementos cristianos de su cultura, bien fuesen doctrinales, históricos, morales e incluso literarios. Una fuente que brota de peña viva, una franja de arena a modo de camino en el mar, cualquier impresión en piedra que parezca huella humana o que la imaginación

<sup>47</sup> Levillier: *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 60-61.

pueda ver en ella un objeto humano, son motivos suficientes para que en las relaciones amistosas entre indios e hispanos, éstos den como explicación de aquel fenómeno la intervención divina por medio de alguno de sus enviados. Los indios abiertos al diálogo y amantes de novedades, pues los había y los hay como en todas partes, aceptan esos relatos y los incorporaron a su manera dentro de su mundo cultural.

De este modo, y creo que por obra de frailes aislados, seculares desterrados, náufragos, prisioneros o prófugos procedentes de Europa surgen en la costa de Brasil unos puntos de piedad y devoción cristiana e indígena a la vez, que principalmente toman la advocación de Santo Tomás, por la tradición no confirmada de ser el Apóstol de la India. De estos lugares el P. Simón de Vasconcelos en su *Chronica de Companhia de Jesus do Estado do Brasil* señala en primer término un arrecife al Norte de la Villa de San Vicente donde cuando la marea baja se ven dos pisadas de un hombre descalzo, derecha e izquierda, pisadas «que foram sempre dos Portuguezes, desde sua primeira entrada no Brasil, havidas por cousa milagrosa, e respeitadas por cousa santa, até o tempo em que isto escrevemos»<sup>48</sup>. Hay otra en Itapoa a dos leguas de Bahía fuera de su barra, y otras dos dentro de la misma barra como a tres leguas de distancia en un lugar que llaman Santo Tomás. Tenemos noticia de que en la primera década del siglo xvi varias expediciones portuguesas llegan al Brasil (Cabral, Noroña, Coello) y quedan en sus costas parte de sus hombres; hay frailes franciscanos en Porto Seguro desde 1503; Juan Ramallo vivió en San Vicente desde 1508, y Rodrigo Alvarez, el Caramurú, habitó en Bahía desde 1509. Nada de extraño tiene pues que estos cristianos, recogiendo las leyendas indígenas preanunciadoras de la llegada a sus tierras de personas blancas, las identificasen con la no menos legendaria arribada de Santo Tomás a la India, formándose así la primera versión del mito que se conoce en Europa desde 1515 por un folleto impreso titulado *Newen Zeytung auss Pre-sillg Land* y que en la traducción castellana de Laguarda Trías leemos:

«En esta costa hay recuerdo de Santo Tomás o Santo Tomé. Quisieron mostrar a los portugueses las pisadas o huellas de los pies de

<sup>48</sup> Libro 2º, epígrafe 19; en la edición de Río Janeiro de 1864, pág. 74

Santo Tomás en el interior del país. Indican también que hay cruces tierra adentro. Y cuando hablan de Santo Tomás le llaman el Dios pequeño; luego hay otro Dios más grande. Es muy explicable que guarden recuerdo de Santo Tomás, pues es sabido que Santo Tomás está [su cuerpo enterrado] por detrás de Malaca, en la costa de Siramael, en el golfo de Celón. En el país dan frecuentemente a sus hijos el nombre de Tomás»<sup>49</sup>.

Años después, con variantes propias del tiempo transcurrido y de los informantes, recoge esta misma leyenda el P. Manuel de Nóbrega y nos la transmite de este modo:

«Dicen ellos que Sancto Tomás, a quien llaman Zomé, pasó por aquí. Esto les quedó por dicho de sus antepasados. Y que sus pisadas están señaladas cabo un río, las cuales yo fui a ver por más certeza de la verdad, y vi con los propios ojos cuatro pisadas muy señaladas con sus dedos, las cuales algunas veces cubre el río cuando hinche. Dicen también que cuando dejó estas pisadas iba huyendo de los indios que le querían flechar, y llegando allí se le abriera el río, y pasara por medio de él sin se mejora a la otra parte; y de allí fue para la India. Así mesmo cuentan que cuando le querían flechar los indios, las flechas se volvían para ellos, y los matos le hacían camino por do pasase. Otros cuenta esto como por escarnio. Dicen también que les prometió que había de tornar otra vez a verlos»<sup>50</sup>.

Los elementos que se le han añadido a la primera expresión del mito, concretada en la impresión de las huellas, son así mismo cristianos. Schaden considera que la vuelta de las flechas puede indicar la existencia entre los tupís de alguna arma del tipo de Bumerang<sup>51</sup>, pero opino que más bien procede de la leyenda de San Martín cazador que la han incorporado, al igual que el relato del paso del Mar Rojo por Moisés, en la narración de los hechos del Apóstol que los cristianos dijeron había pasado por aquellas tierras.

<sup>49</sup> Rolando A. Laguarda Trias. *El pre descubrimiento del Río de la Plata por la expedición portuguesa de 1511-1512*, Lisboa, 1973, pág. 138.

<sup>50</sup> Lo hizo en 1549 en una carta que comienza así: «La información que de aquesta parte del Brasil os puedo dar» y que pudo ser escrita en Bahía por el mes de agosto (Leite: *Monumenta Brasiliae*, I, 153-154). La conoció Bartolomé de Las Casas reproduciendo el texto citado en su *Historia de las Indias*, lib. I, cap. CLXXIV.

<sup>51</sup> Cita tomada de la nota número 21 de Leite a la carta de Nóbrega de 1549 (*Monumenta Brasiliae*, I, 154).

b) *Segunda fase*

Moisés, Santo Tomás y San Martín eran para los indios que fundieron sus hechos reales o fantásticos en los de una misma persona, un mismo símbolo: el de enviado de Dios a los hombres. Nada les importaba que sus existencias fuesen reales, fantásticas o distintas. Lo verdaderamente importante para los indios era que el Dios de los cristianos se había acordado de ellos, les había enviado sus bienes, su doctrina, su esperanza de salvación. Y esto para unos fue un hecho vital que asimilaron de golpe, mientras que otros no aceptaron esa posibilidad de salvación nueva y tomaron a escarnio lo que les contaron de que el Dios de los recién llegados por el mar ya les había enviado un precursor.

Entre los primeros hubo quien de inmediato obró en consecuencia y se lanzó a difundir las noticias recibidas. Ello dio lugar a la versión indígena de los conocimientos cristianos recibidos, cuya manifestación externa era la predicación de el Pay Zomé o Zumé. Acerca de este punto fueron nuestros franciscanos Lebrón y Armenta los primeros en recoger datos de este hecho y transmitirnoslo. Lo hicieron el año 1538 con estas palabras:

«.. habrá cuatro años que se levantó un indio, que en más de doscientas lenguas habló por espíritu de profecía, diciendo que vendrían presto verdaderos cristianos, hermanos de Santo Tomé, a los bautizar. Y mandaba que no hiciesen mal a algún cristiano, mas que les hiciesen mucho bien. Y tanto era el bien que hacían, que de los hombres que escaparon huyendo del desbarato del Río de la Plata, supe que les barrían el camino por do pasasen, y caminando, los mandaban poner debajo de un árbol, hechas enramadas a do descansasen, y les ofrecían muchas cosas de comer y muchos plumajes, y se tenían por bienaventurados los indios que los tenían en sus buhíos o chozas. Y llamábase este indio Etiguara, el cual ordenó muchos cantares que ahora los indios cantan, en que hallo manda que se guarden los mandamientos de Dios. Y más, que porque los indios usaban tener muchas mujeres, y casaban con primas y hermanas indiferentemente, mandaba lo que en este caso ordenan los sacros cánones, que no tuviesen más de una mujer, y no casasen con parientas dentro del cuarto grado, de la misma manera que entre cristianos se tiene. Este indio se fue de esta tierra, y dejó discípulos. Y como llegamos nosotros a esta sazón, fue tan grande el gozo que con nuestra venida hobieron, que no nos dejan reposar, ni apenas comer, de los muchos que vienen a recibir el bautismo»<sup>52</sup>.

<sup>52</sup> Jerónimo de Mendieta. *Historia Eclesiástica Indiana*, lib. IV, capítulo XLV

Uno de los indios que bautizaron llamado Domingo y su sobrino Miguel marcharon con el buque de Alonso de Cabrera a la Asunción y dice Irala que los envió por el camino de Alejo García para «que fuesen a su tierra y llevasen mis cartas al dicho Comisario, haciendo relación de las cosas desta tierra, y por algunas causas el Domingo se volvió de la mitad del camino y embió a Miguel, su sobrino, que fuese a la dicha isla, con el cual, según lo que parece, encontró junto a la mar Cabeza de Vaca y le guió hasta traelle aquí»<sup>53</sup>.

Nos encontramos pues que en menos de medio siglo la piadosa leyenda cristiana de la predicación de Santo Tomás contada a los indios junto con las verdades del cristianismo, e incluso con normas canónicas, adquiere una extraordinaria difusión entre los indígenas, pues desde Bahía y San Vicente recorre todo el litoral atlántico hasta el estuario del Plata, penetra por el río Paraguay llegando hasta la Asunción para retornar hasta la isla de Santa Catalina por un camino ya trillado por indios, conocedores así mismo de estas tradiciones cristianas, que capitaneadas por unos cuantos náufragos portugueses y españoles atraviesan el Chaco y llegan al altiplano andino años antes que los hombres de Pizarro se apoderen de él.

Nada extraño tiene pues que ese mito mestizo tenga su versión en tierras hoy de Bolivia y Perú con aditamentos propios de aque-

<sup>53</sup> «Carta de Domingo de Yrala a S. M. dando extensa cuenta del estado de las Provincias del Río de la Plata», en *Naufragios y Comentarios*, II, 387. De este mismo indio dice Cabeza de Vaca que «tuvo por bien volverse [en] mi compañía para que me guase y avisase del camino, y dende aquí se volvieron los indios que salieron de la isla de Santa Catalina (*Relación General*, en *Naufragios y Comentarios*, II, 14). Mi hipótesis acerca de la desavenencia entre Cabeza de Vaca y los franciscanos surgida a raíz del camino a seguir es que fue Cabeza de Vaca el que impuso su criterio. Estimo que había dos caminos, uno por el Iguazú y su salto y otro por el Pequerí y el salto de las Siete Caídas, el primero más recto (casi siguiendo el paralelo de la Asunción, pero más peligroso para los indios que acompañaban a Lebrón y Armenta por cruzar tierras de sus enemigos, y el segundo dando un rodeo pero mucho más tranquilo y trillado pues era el que pasaba por los yerbales de Mbaracayú. Es posible que Miguel indicase estas dos opciones a Cabeza de Vaca y éste optase por la más corta, ya que contaba con fuerza para repeler cualquier agresión o para salir victorioso si su propia expedición la provocase.

llos lugares. Refiriéndose a Tupac Amaru hermano de Tupac Yupanqui fray Martín de Murúa escribió en 1590 lo siguiente:

«Cuando este capitán estaba en la fortaleza de Tiaguanaco, dicen que pasó un español en figura de pobre, predicando a los indios el Evangelio, y bajando por el Collao, que venía a verse con el Inca, llegó a un pueblo que se llamaba Cacha, en donde había mucha fiesta y borrachera, y como el bienaventurado Santo les empezó a reprender sus vicios y borracheras, dieron en apedrearle como bárbaros y gentiles haciendo burla de lo que les decía, y salido que salió este bienaventurado pobre de dicho pueblo, cayó fuego del cielo y abrasó toda la gente, y así se quedaron abrasados y quemados, como se parece en todos los edificios caídos y chamuscados»<sup>54</sup>.

Este aditamento, probablemente explicación piadosa cristiana de piedras chamuscadas, similar en su origen al provocado por impresiones de pie en piedra, se funde con la de Santo Tomás apareciendo de este modo en palabras del P. Barzana:

«... me lo dijo el primer guaraní que en Lima estando en la muerte confesé por intérprete; que su nación nunca conoció sino un Dios, a quien llaman *Tupá*, criador de todas las cosas. De donde tuvieron noticias de Dios, no se sabe cosa cierta, y salvo que es voz común por tradición de los viejos que vino en los tiempos pasados a predicarles uno que ellos llaman *Paizumé* y cuentan que aquel les enseñó que había Dios: y que los indios de un pueblo grandísimo donde predicaba le quisieron matar y súbitamente voló a la cumbre de un alto monte y cubrió una laguna toda aquella ciudad»<sup>55</sup>.

Esta fusión de ambas versiones hecha por un guaraní en tierras peruanas fue escrita por el jesuita citado el 8 de septiembre de 1594, cuando por ese mismo tiempo el franciscano Luis de Bolaños incluía la palabra *Tupá* en el catecismo cristiano guaraní como equivalente a nuestro concepto de Dios.

<sup>54</sup> Fray Martín de Murúa, O. de M: *Historia del origen y genealogía real de los Incas del Perú*, Madrid, 1946, págs. 122-123.

<sup>55</sup> «Carta del P. Alonso de Barzana, de la Compañía de Jesús, al P. Juan Sebastián, su Provincial», en *Relaciones Geográficas de Indias*, reeditadas en *Biblioteca Autores Españoles*, tomo CLXXXIV, Madrid, 1965, página 85; también en Pablo Hernández: *Organización Social de las Doctrinas Guaranís*, tomo I, Barcelona, 1913, pág. 79 El P. Mateos considera acertadamente que esta carta no es más que un fragmento de la correspondiente Anua.

c) *Tercera fase*

El Santo Tomás indígena, o sea Payzumé, no es un personaje histórico como el apóstol de Jesucristo que vivió y murió en un tiempo y espacio determinado; es un mito mestizo cristiano-guaraní intemporal, similar al San Pascual de los indios de Guatemala que nada tiene que ver con San Pascual Bailón, porque su representación es un pedernal envuelto cuidadosamente que significa el paso de Dios por entre los hombres, paso del que les queda como recuerdo el don celestial del «chay abaj», la piedra con que sacaron fuego y alumbraron las tinieblas en la noche de los tiempos. Payzumé es el paso del enviado de Dios que prepara su camino, que predica la Buena Nueva, que anuncia el establecimiento definitivo del Cristianismo. En este sentido el Lebrón y Armenta andariegos por Mbiaça, Santa Catalina, Itabucú, Campo, Ubay y Pequirí son un mismo mito, mitad realidad mitad idealidad.

Este hecho no fácilmente explicable a tenor de nuestros conceptos y valores tiene su apoyatura histórica. Por un lado está la relación del P. Antonio Ruiz de Montoya y por otro la comprobación de que a fray Bernardo Armenta los indios le llamaron Payzumé.

1) **El Pay Zumé en Ruiz de Montoya**

A la evangelización prehispánica dedicó varios capítulos el P. Antonio Ruiz de Montoya en la obra que de memoria escribió en la corte madrileña mientras procuraba la obtención de armas de fuego para que, con ellas en las manos, defendiesen los indios sus derechos y su libertad. Publicada en Madrid el año 1639 llevó un intencionado título: *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, y es tal la intención de su texto que el historiador Jaime Cortesão lo calificó como el «evangelio del odio»<sup>56</sup>, opinión que no comparto porque sería achacar la odiosidad a toda defensa de los oprimidos. En esta apasionada obra, desde el capítulo XXI al XXVI, ambos inclusive, se desarrolla la supuesta predicación del apóstol. No es difícil en ellos leer entre líneas una marcada fina-

<sup>56</sup> Jaime Cortesão: *Raposo Tavares e a formação territorial do Brasil*, Río de Janeiro, 1958, pág. 137.



lidad: los mamelucos paulistas están combatiendo y destruyendo una obra apostólica, una primitiva cristiandad. Y salvando la distancia del tiempo no le faltaba razón, como veremos.

En el capítulo XXI, que lleva por título «Entrada que hicimos por aquellas tierras y rastros que hallamos del Apóstol Santo Tomé», nos dice que entrando con el P. Cristóbal de Mendoza a la provincia de Tayatí, a pie, porque en aquellas «conquistas que la Compañía hizo»<sup>57</sup> por más de dieciocho años, carecían de cabalgaduras e iban apoyados en unas cruces de dos varas de alto, les salieron a recibir las mujeres con sus hijos en los brazos y les agasajaron tan de modo inusitado que al preguntarles extrañados la causa de tan buen recibimiento, les respondieron: «que, por tradición muy antigua y recibida de sus antepasados tenían, que cuando Santo Tomé (a quien comúnmente en la provincia del Paraguay llaman Pay Zumé, y en las del Perú Pay Tumé) pasó por aquellas tierras les dijo estas palabras: Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perderéis; pero cuando después de muchos tiempos vinieren unos sacerdotes, sucesores míos, que trajeren cruces como yo traigo, oirán vuestros descendientes esta doctrina»<sup>58</sup>.

El acontecimiento narrado tiene todos los visos de ser cierto. Da el tiempo y lugar donde sucedió, señalando un testigo del recibimiento y la versión indígena recogida en el momento. Era lógica la extrañeza del misionero ante tal acogida y así aceptaron de inmediato la explicación religiosa que les daban los propios indígenas, sin crítica alguna, como evidente. Ellos sabían por harta experiencia que la toma de contacto con los indios no era tal y como aparece en el primer acto de la obra teatral de Fritz Hochwälder, *Das Heilige Experiment*, escrita y representada con éxito en nuestros días<sup>59</sup>. El propio Montoya expuso su vida tres veces y la perdieron algunos acompañantes suyos antes de lograr el diálogo con el cacique Ta-yaoba. El indio habitualmente huía ante los sacerdotes o los rechazaba a flechazos si osaban entrar en sus tierras sin haber obtenido una previa invitación. De otro modo eran como monstruos

<sup>57</sup> Antonio Ruiz de Montoya. *Conquista espiritual*, Bilbao, 1892, páginas 94-95, cap. XXI.

<sup>58</sup> Ruiz de Montoya. *Conquista espiritual*, cap XXI, pág 95

<sup>59</sup> Traducida al castellano con el título *Así en la tierra como en el cielo*, fue publicada por Emecé Editores en Buenos Aires el año 1956

intrusos, negros y con una cabeza deforme, pues la teja no la consideraban sombrero sino el cráneo mismo, a los cuales se les podía cazar como alimañas. Lo que para la mentalidad europea suponía ser paso inocuo no lo era para ellos, porque ese paso suponía posesión de la tierra pisada con sus bienes si no se había reconocido previamente la posesión de la tribu que cazaba o recogía los frutos de ella desde tiempo inmemorial, es decir si no se cruzaba por invitación o acompañado por parientes indios desarmados. La resistencia a entrar en contacto con los frailes estaba fomentada por los brujos y apoyada, en muchos casos, por innegables razones: dejar entrar el misionero en sus tierras era dar paso libre a enfermedad y muerte. Todo europeo era portador de gérmenes patógenos como los de la gripe, el coriza, la tuberculosis o las fiebres eruptivas contra los que no tenían defensas naturales los indígenas por ser nuevas en aquel continente tales dolencias.

Si todos estos obstáculos habían sido vencidos y les recibían las mujeres con los niños alegremente, era poco menos que indiscutible la presencia anterior de otros blancos que, con su palabra y su vida, hubiesen disipado los tan fundados recelos a perder hacienda y vida. Ahora bien, el problema se plantea en precisar cuánto tiempo hacía que por aquellos lugares les había precedido otro u otros cristianos. Para Montoya, como se acaba de ver, la tradición era muy antigua y la remonta hasta el primer siglo de nuestra era. De este modo le era más fácil sensibilizar la opinión contra los paulistas y era tal la pasión que en ello ponía que lo llegaba a creer con sinceridad. Los puntos en que se apoya para demostrar la presencia apostólica por tierras del Paraguay gigante son de dos tipos: lingüísticos y arqueológicos. Entre los primeros están los nombres de Pay Zumé y Pay Abaré; entre los segundos ciertos grabados en peñas, que interpreta como rastros o huellas del apóstol, y la existencia de un camino entre San Vicente y la Asunción que los indios llamaban de Santo Tomé<sup>60</sup>.

Ambos argumentos son muy débiles pero no dejan de ser interesantes y significativos. Montoya, magnífico lingüista creador de sig-

<sup>60</sup> Ruiz de Montoya: *Conquista espiritual*, cap. XXII, págs 97-98. Cortesão considera que ese camino iba «para o Paraná, pelo Pequiri; ou seguia para o sul, atravessando o Iguacu» (*Raposo Tavares*, 130)

nos fónicos, no era en otras materias un científico ni un erudito. Las necesidades misioneras habían acelerado su ordenación y aunque despierto o inteligente no tenía la típica formación que la Compañía de Jesús daba a sus miembros en Europa, la cual le hubiera hecho rechazar la tesis en principio, como lo hizo el P. Acosta<sup>61</sup>. El sin embargo dejó escrito que la voz guaraní «Pay» equivalía a la nuestra «Padre» y «Abaré» significaba: *homo segregatus a venere*, hombre casto, por tanto Pay abaré quería decir Padre sacerdote. El título de Pay también se lo atribuían en tiempos de Montoya los magos y hechiceros, pero no el de Abaré que se lo aplicaban a los misioneros cristianos, al principio por oprobio, pues lo era para los indios el varón que no tenía relaciones sexuales con mujer. Así mismo Santo Tomás era llamado en guaraní, según Ruiz de Montoya, Pay Zumé, que equivaldría a Padre Zumé.

La atribución de esa paternidad espiritual al apóstol hace su argumento más bien negativo que positivo; demuestra más no ser Santo Tomás, que serlo, el personaje que les predicó verdades cristianas. La denominación de «Padre» no se la aplicaron los apóstoles y sólo apareció en el cristianismo siglos después como calificación adquirida por los superiores de las comunidades cenobíticas, de allí pasó a las distintas órdenes religiosas y por último a los curas de almas y eclesiásticos en general. Dentro de este proceso de autoritarismo paternal religioso el hecho de autodenominarse y hacerse llamar así mismos «Padres» los hechiceros demuestra un evidente préstamo cultural cristiano pero que no se puede remontar más allá de los siglos III o IV. El mito del Padre Zumé podría provenir, cuanto más en profundidad temporal, a la posible expansión por el Atlántico de los monjes irlandeses, pero no de antes.

La vinculación de determinadas huellas impresas en la peña donde oraba el santo es un fenómeno de la imaginación popular muy corriente en las zonas rurales de la propia España y constituye la base de lo que hemos denominado la primera fase del mito. Así mismo respecto al camino ya se ha sostenido que lo afirmado por Ruiz de Montoya responde a lo recogido por Cataldino de boca indígena

<sup>61</sup> «Los vestigios que dicen haber hallado en algunas partes de la fe recibida en pasados tiempos, como cruces erigidas, y algunas otras señales, no hacen argumento convincente» (*De procuranda indorum salute*, lib. 1.º, capítulo II).

y a la necesaria sensibilización de la mentalidad barroca cortesana donde Montoya publicó su libro. Se trata del camino de las migraciones guaraníes seguido por Alejo García con sus cuatro compañeros y las masas indígenas que les siguieron, entre las cuales pudo circular la leyenda de la llegada de Santo Tomás en sus dos primeras fases, convirtiéndose así en un camino de expectación de los discípulos y seguidores del Santo Apóstol, que tuvo su confirmación con el paso de Armenta y Lebrón acompañando a la expedición de Cabeza de Vaca.

Los indios que se recogieron en las misiones jesuitas alzadas a lo largo del río Tibaji, los que se ampararon en el pueblo de la Encarnación a cargo del P. Cristóbal de Mendoza o en la reducción puesta bajo el patrocinio de Santo Tomás, eran descendientes de quienes recibieron directa o indirectamente la predicación que a voleo hicieron los franciscanos, tarea evangelizadora que posiblemente por retardar la marcha de toda la expedición pudo ser motivo del enfrentamiento entre Cabeza de Vaca y estos frailes.

El método que se desprende tanto de lo escrito por Montoya como por Cataldino no es el que siguieron los apóstoles sino el propio de la evangelización americana. Los apóstoles después de su predicación bautizaban a los que creían en un solo Dios y en Jesucristo su Hijo ordenando de entre los bautizados al que debía encargarse de aquella comunidad cristiana. La demora del bautismo y del orden sacerdotal; la creencia de ser necesaria la presencia constante del misionero para que no se perdiese la doctrina predicada, el envío constante de sacerdotes desde fuera y la reducción en poblados son elementos propios de la experiencia indiana y de las bulas alejandrinas que configuraron la Iglesia en el Nuevo Mundo <sup>62</sup>

<sup>62</sup> Refiriéndose a los indios «que llamamos camperos, porque habitan los Campos», Ruiz de Montoya escribió por los años 1626-1627 «Refieren que el S. Apóstol dijo a sus antepasados, y por tradición se ha derivado de padres a hijos, en tiempos venideros llegaría a sus tierras unos padres sacerdotes sucesores suyos a enseñarles la palabra de Dios, que él entonces les predicaba, y que ellos les juntarían en poblaciones grandes, y les harían vivir con orden y policía cristiana enseñándoles a amarse unos a otros y a que no tuviesen más que una mujer los cuales traerían (como él traía) cruces en las manos, y que entonces Tupis (que son los indios que se comunican del Brasil a estas tierras) y Guaraní y todo género de gente (nombre general que comprende todas las naciones del Paraguay que son

## 2) Identificación de los franciscanos con el Payzumé

Si sabemos que Armenta y Lebrón habían pedido insistentemente compañeros de apostolado y que incluso el Consejo de Indias autorizó el envío de correligionarios suyos para que les ayudasen, es lógico suponer que la predicación realizada durante el camino tuviese carácter de preparación y esperanza en la llegada de sacerdotes que les atendiesen definitivamente <sup>63</sup>. Que existiendo en la Orden de San Francisco la experiencia de evangelizar pueblos de distintos niveles culturales y habiendo comprobado la eficacia de las reducciones nada extraño es que fueran ellos quienes les anticiparan y previnieran que por estos métodos se asentaría definitivamente el cristianismo en la región.

A todas estas posibilidades se añade el hecho de que en la documentación coetánea se afirma que al Comisario de los franciscanos le llamaban los indios Payzumé. Pedro Dorantes, tras señalar el hambre padecida en su exploración previa al descubrimiento del camino que siguió Cabeza de Vaca, dice:

«Después en esta casa y las que más topé en seis jornadas que anduve por el Campo, me hicieron buen recibimiento así por lo que

muchísimas) se amarian sin distinción de naciones y de emulaciones» («Carta Anua do Padre Nicolau Duran», en Jaime Cortesão: *Jesuitas e bandeirantes no Guairá (1549-1640)*, [Río Janeiro], 1951, págs. 233-234). Como puede fácilmente comprobarse la región del Campo está citada repetidas veces en los *Comentarios* y demás documentos que tratan de la expedición de Cabeza de Vaca, Armenta y Lebrón; así mismo la clara referencia al sistema misionero de reducción a poblado, propio de la evangelización de las Indias Occidentales, obliga a admitir que la tradición recogida por Montoya procedía de los misioneros que ochenta y cuatro años antes habían recorrido aquella región y predicado a los indios esas verdades.

<sup>63</sup> «Hay cédula del año 39 (Colección Pastells, 2ª serie, I, 33) sobre el envío al Río de la Plata de seis franciscanos o dominicos, y, respondiendo tal vez a ella, otra del mismo año, 8 de noviembre (Buenos Aires, I, f. 113 y v) en que concede matalotaje, y pasaje hasta el Río de la Plata a seis franciscanos enviados por el provincial de Andalucía "para que se junten con fr. Bernardino de Armenta, vicario provincial que en aquella provincia del Río de la Plata reside"» (Andrés Millé: *Crónica de la Orden Franciscana*, 124; José Castro Seoane: *Matalotaje, Pasaje y Cámaras a los Religiosos misioneros en el siglo XVI*, en «Misionalia Hispánica», IX, número 25, pág. 62).

les daba como porque los indios que iban conmigo decían que yo era hijo del Comisario a quienes ellos dicen Paycaue»<sup>64</sup>.

Paycaue es evidentemente un error tipográfico, pues en otro texto, en la «Acusación del fiscal, Licenciado Villalobos, presentada al Consejo de las Indias contra Cabeza de Vaca en Madrid el 20 de enero de 1546», se lee:

«Durante el camino que hizo por tierra Alvar Núñez, dejó rezagados trece cristianos y murieron dos de ellos y los demás escaparon diciendo que eran hijos de Payzumé, que es el Comisario fray Bernaldo de Armenta, fraile de la orden de San Francisco»<sup>65</sup>.

Así mismo Lafuente Machain nos dice tanto en su biografía de Irala<sup>66</sup>, como en sus *Conquistadores del Río de la Plata*<sup>67</sup>, basándose en el manuscrito número 1.206 de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires que al tiempo de morir Armenta era muy querido por los indios «que le llamaba Payzumé».

#### d) *Ultima fase*

El mito deja de ser religioso y se convierte en literario. La evangelización se ha realizado y la cristiandad guaraní ha florecido durante cerca de dos siglos. La esperanza es ya caridad y de aquel tiempo desde que se anunció a los indios la llegada del Evangelio hasta que se hizo vida en ellos, sólo les queda el recuerdo, un recuerdo querido, el de su fidelidad a la palabra recibida, el de su deseo de perfección, de mejorar, de hermandad con los blancos sin dejar por ello de ser indio y de apreciar su cultura y sus valores. Todo eso profundamente bello pasa ahora al cuento, la leyenda y el romance.

Ciro Bayo, en su *Romancerillo del Plata*, publicado en Madrid el año 1913, nos da el romance de Santo Tomás que aprendió bajando el río Paraguay desde Corumbá a Buenos Aires<sup>68</sup>. Ambrosetti, en su obra *Supersticiones y Leyendas*, nos ofrece dentro de las leyen-

<sup>64</sup> Levilher: *Correspondencia de los Oficiales Reales*, I, 60.

<sup>65</sup> Gandía: *Historia crítica de los mitos*, 236

<sup>66</sup> *Irala*, 238

<sup>67</sup> *Conquistadores del Río de la Plata*, 67.

<sup>68</sup> Páginas 73-74.

das de la región misionera, la de «Las piedras de Santo Pi-pó (manos y pies de Santo)» ligada «a la tan conocida de la predicación del Evangelio en América en épocas precolombinas, por Santo Tomás», cuyo origen considera «debe ser jesuítico»<sup>69</sup>. Por último, como cuento mítico, lo encontramos en el *Río Lunado*, de María Concepción L. de Chaves, bajo el título «La gruta de Santo Tomás»<sup>70</sup>.

### CONCLUSIÓN

De la figura del canario fray Alonso Lebrón sólo tenemos, por el momento, las noticias referentes a su actuación en la región del antiguo Paraguay. Quien únicamente tomase las que de él nos ofrece los conocidos *Comentarios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca se formaría un concepto equivocado e imposible de compaginar con su pervivencia oculta bajo el mito cristiano-guaraní del Payzumé, mito a su vez que es de gran importancia para entender la evangelización de los indios y la formación de América.

---

<sup>69</sup> Página 65 de la edición Buenos Aires, 1947

<sup>70</sup> Páginas 39-46.